

Letras francesas

LOUIS ARAGON

(Especial para ATENEA).

LOUIS Aragón pertenece al grupo Surrealista, y es considerado uno de los escritores jóvenes más interesantes en Francia. Cada una de sus obras nuevas es acogida y comentada en todos los círculos literarios, y hasta los que se encogen de hombros ante las niñerías que acostumbra los surrealistas,—manifiestos, injurias, ataques a latigazos y puñetes a los que no son de su opinión, etc.—admiran su talento.

Las ediciones de la Nouvelle Revue Française acaban de dar el último libro de Aragón. *Le paysan de Paris*. Esta obra, publicada ya en folletín en la Revue Européenne, había hecho sensación. Tener en mano el libro, leer el conjunto, nos desilusiona un tanto: el defecto mayor de *Le paysan de Paris* es su falta de cohesión, su descoyuntamiento, que, en folletín, no se notaba. Pero es sumamente interesante, pues allí Aragón se muestra al desnudo, con su extraordinaria movilidad, su riqueza, pero riqueza tanto de préstamo como personal, y una inquietud que nos deja suspensos; cuando Aragón se libre de tanto elemento postizo, cuando haya, al fin, entre mil posibilidades brillantes, elegido la que esté más de acuerdo con su temperamento, ¿qué nos dará? ¿Obras maestras o sin legítimo valor? Difícil es preverlo.

Abramos juntos el *paysan de Paris*. La cantidad de escritores

e influencias que se advierten a cada paso es desconcertante en un *soit-disant* revolucionario... El primero que se nos impone es... Gómez de la Serna... No olvidemos que Aragón es de origen español. Lo mismo que de la Serna, escribe sobre el café, el circo, el cine, los senos, los hoteles, etc., una serie de comentarios humorístico-sentimentales. Aragón elige como núcleo de la primera parte de su libro un Pasaje del centro de París, y nos describe minuciosamente todas las tiendas, negocios, hoteles, cafés, peluquerías, teatrillos, paragüerías, casas de citas, que allí se encuentran. Actitud de *paysan de Paris*, de hombre que mira las cosas asombrándose, como si las viera por primera vez, y se detiene largamente a contemplarlas. Esos pasajes le parecen «llamados en forma turbadora *pasajes*, como si en esos sitios cerrados a la luz nadie pudiera detenerse más de un instante...» Cada tienducha es pretexto de derroches de imaginación, una palabra basta a veces para lanzarlos en un poema en prosa; así, ante el peluquero, la palabra «rubio»: «Rubio como « la histeria, rubio como el cielo, rubio como el cansancio, rubio como el beso. Sobre la paleta de lo rubio, pongo la « elegancia de los automóviles, el olor de los henos, el silencio « de la mañana, las perplejidades de la espera, los estragos del « rozar. ¡Qué rubio es el ruido de la lluvia, qué rubio es el « canto de los espejos!». Etc. etc. Eso va demasiado largo. No saber detenerse a tiempo, no elegir entre cien ideas, las diez mejores, es uno de los defectos de Aragón. Otro de sus procedimientos: deformar los objetos usuales hasta transformarlos en elementos de ensueño, tal como obra, en sus cuadros, el pintor suprarrealista Max Ernst. Ahora bien, puede ser que Aragón sea el que inflencie a Max Ernst. Además, por su afición a las visiones macabras, y por su predilección por las ramera, por frases como la que citaremos en francés, para que conserve todo su sabor, y su ritmo revelador, Aragón nos recuerda extraordinariamente a... Baudelaire: «Je rêve d'un peuple doux et cruel, d'un peuple chat amoureux de ses griffes et toujours prêt à faire chavirer ses yeux et ses scrupules, je rêve d'un peuple changeant comme la moire et toujours talonné par l'amour...»

En la última parte del libro, «Le sentiment de la nature aux Buttes Chaumont» se pone más en evidencia que al principio el tono apasionado que usa Aragón, y, entre imágenes espléndidas, suelen asomar ciertos *pompierismos*... Aquel suprarrealista es el último romántico... Por lo demás, Aragón es personalmente todo un personaje de Dumas hijo: agriado contra la sociedad por ser hijo natural... Como si en París, ciudad libre y por excelencia sin prejuicio, se le ocurriera a persona alguna echar en cara a un hombre su nacimiento...

Somos quizás demasiado exigentes con Aragón, nos bastarían páginas admirables como las hay en *Le paysan de Paris* para consagrar a un hombre gran escritor, y a él le regateamos los elogios: le guardamos rencor por no mantenerse siempre a la altura de sí mismo, no por falta de talento, sino que por humoras y caprichos. Hay en «Le sentiment de la nature aux Buttes Chaumont» páginas extraordinarias que debe conocer quien se interesa por la literatura contemporánea. Tales los deslumbradores párrafos sobre jardines, sobre la noche, el deseo, el vértigo, las estatuas, el amor, etc. Cuando sueña, Aragón es admirable. Pero tiene la manía de caer en metafísico, y piensa mal. Por eso, quizás, una de sus piezas mejor «réussies» es una divagación publicada por la revista *Commerce* (no es ésta una revista comercial, como lo pudiera hacer suponer su nombre, sino una de las revistas literarias más aristocráticas y refinadas en Europa: como que la dirigen Paul Valéry, León Paul Fargue, y Valery Larbaud) cuyo título es «Une vague de rêve». Comienza así: «Il m'arrive de perdre soudain tout le fil
« de ma vie: je me demande, assis dans quelque coin de l'univers, près d'un café fumant et noir, devant des morceaux
« polis de métal, au milieu des allées et venues de grandes
« femmes douces, par quel chemin de la folie j'échoue enfin
« sous cette arche, ce qu'est au vrai pont ce qu'ils ont nommé
« le ciel...» Es una apología del suprarrealismo. Muy bien. Pero entonces ¿por qué allí también encontramos a ese innovador tan obsesionado por los clásicos franceses que su ensayo termina, a pesar de pretender ser escrito en prosa, ritmado en clásicos

alejandrinos? Para mayor claridad, nosotros los vamos recortando:
« Mais entre tous les airs que parfois je fredonne,—il en est un
« pourtant qui me donne aujourd'hui—une libre illusion du prin-
« temps et des prés,—une illusion de la liberté véritable.—Cet
« air, je l'ai perdu, et puis je le retrouve...

«C'est qu'il rêve, et je rêve, emporté je rêve....»

«Je rêve d'un long rêve où chacun rêverait....»

Y termina así:

«Qui est là? Ah très bien: faites entrer l'infini».

Este verso pudiera ser de Victor Hugo, pero también de Ed-
mond Rostand...

Es de un suprarrealista...

MARCELLE AUCLAIR.